

CENTRO AMERICA: condiciones para su integración

José Miguel Alfaro — Gabriel Aguilera
Fernando Berrocal — Daniel Camacho
Carlos M. Castillo — Miguel De Castilla
Rodrigo Madrigal — Miguel Angel Rodríguez
Rodolfo Solano — Edelberto Torres

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
ALACSO

colección 25 aniversario
San José, Costa Rica, 1982

REG.

CUT.

BIBLIOTECA

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

338.972.8

C397c

Centroamérica: Condiciones para su integración / José Miguel Alfaro (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco, Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982. 168p.: (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-03-9

1. América Central - Integración económica. 2. Ciencias Sociales. 3. América Central - Condiciones sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
Centroamérica: Crisis Estructural y Crisis de la Libertad Individual MIGUEL ANGEL RODRÍGUEZ	13
La Crisis Económica Centroamericana: Una propuesta de Análisis Histórico-Político EDELBERTO TORRES RIVAS	27
Una Voz Propia para Centroamérica CARLOS MANUEL CASTILLO	55
La Paz, Cimiento de la Integración Centroamericana RODRIGO MADRIGAL NIETO	67
Centroamérica: La Crisis de un Sistema Oligárquico RODOLFO SOLANO ORFILA	85
La Revolución Popular Sandinista, la Revolución y la Contrarrevolución en Centroamérica MIGUEL DE CASTILLA	99
La Integración como Instrumento de Desarrollo JOSÉ MIGUEL ALFARO	111

Integración y Proyecto de Clase en Centroamérica GABRIEL AGUILERA	123
La Crisis Económica Internacional y la Integración Centroamericana FERNANDO BERROCAL	137
Un Enfoque Alternativo de la Integración Centroamericana DANIEL CAMACHO	151

LA CRISIS ECONOMICA
INTERNACIONAL
Y LA INTEGRACION
CENTROAMERICANA

Fernando Berrocal

Hace diez años, en la década de los sesenta y poco después de la crisis bélica entre Honduras y El Salvador, se dio el más importante y el último intento por reestructurar la integración centroamericana. Me refiero a los trabajos del Comité de Alto Nivel. En ese entonces, sin embargo, no teníamos muy clara la ubicación de la problemática de la integración en el contexto mayor de las relaciones económicas internacionales. Estábamos puntualizados en aspectos demasiado específicos del proceso. Hoy, en 1982 y en plena década de los ochenta, cualquier esfuerzo válido por reestructurar el proceso de integración, no sólo desde el punto de vista político, sino que pretenda rigor científico, debe necesariamente ubicarse dentro de ese ámbito mayor de la realidad económica internacional. He aquí un primer punto fundamental y de ahí que sea necesario analizar, en esta conferencia, algunos aspectos de la crisis económica internacional y su relación e influencia en el Mercado Común Centroamericano.

La estructura de relaciones económicas internacionales que surge a partir de la Segunda Guerra Mundial y se desarrolla durante 30 años, hace crisis en 1971. En ese año se quebró el orden financiero internacional como consecuencia de la crisis del dólar estadounidense. Desde entonces, los elementos básicos de esa estructura económica y política han evolucionado aceleradamente en forma crítica, envolviendo a la totalidad del sistema, tanto que hoy no es posible una aproximación a los temas de la integración o de la cooperación, sea en la dimensión centroamericana o en la dimensión latinoamericana, sin tomar en cuenta esta realidad fundamental de nuestro tiempo.

Existe un convencimiento generalizado en muchos sectores intelectuales, centro de investigación, sectores políticos y organismos internacionales, tanto en el norte como en el sur, de que la crisis de la economía internacional no refleja un problema más o menos complejo de carácter coyuntural, sino que revela una crisis profunda y definitiva de carácter estructural. No se trata, simplemente, de un desajuste en las re-

laciones de competitividad entre los países del norte, ni tampoco exclusivamente en las secuelas inflacionarias que se han desarrollado como consecuencia de la crisis de naturaleza estructural, que afecta a la totalidad del sistema surgido a raíz de los acuerdos de Bretton Woods, a fines de la Segunda Guerra Mundial.

Otros sostienen que la crisis es coyuntural. Tal es en lo fundamental la tesis política de los países del norte industrializado en los foros de negociación. El problema, por ello, desde su punto de vista, se resolvería mediante ajustes, de mayor o menor grado, que luego provocarían una recuperación integral del sistema. Es la teoría de la "locomotora", en el sentido de que se trata, únicamente, de transformar un poco, no demasiado, las relaciones económicas internacionales y adecuarlas a una visión más justa, a fin de que la locomotora -los países del norte- de nuevo retomen su fuerza protagónica y los carros que vienen detrás -los países en desarrollo del Tercer Mundo- sean arrastrados nuevamente por aquella, que lógicamente seguiría a la cabeza del proceso, hacia un futuro de plena recuperación económica. Así de simple : el norte se recupera, retoma su fuerza de impulso y el sur, pasivo, una vez más se sube al tren del progreso y el bienestar bajo el liderazgo indiscutible e irreversible del norte industrializado y rico.

Mi opinión, en esta controversia esencial de nuestro tiempo, es clara y contundente : estamos frente a una crisis de tipo estructural. No se trata de un mayor o menor ajuste al orden económico vigente, sino de replantear el esquema de relaciones económicas internacionales de forma tal que la crisis actual conduzca a un nuevo y más justo orden económico mundial. Esta es la tesis política de los países del sur. Incluso el Banco Mundial, un organismo que refleja los puntos de vista del norte, en un estudio reciente admite los elementos estructurales de la crisis y señala que no es dable esperar una recuperación del sistema en todo lo que resta de la década de los 80. Se añade allí que, en conjunto, el índice de crecimiento de los países industrializados es cero, con tendencia a incrementarse los índices de crecimiento negativo de algunos de ellos. Esta es la realidad. De ahí que no sea posible, simplemente, dedicarse a observar los mecanismos institucionales y los procesos de integración en el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino o el CARICOM, con una visión estrictamente operativa en sus problemas. Cualquier estrategia que tenga que ver con los temas de integración y cooperación tiene que involucrar, necesariamente, una comprensión objetiva y correcta de las relaciones entre el norte y el sur, y sobre todo, de la crisis que afecta al sistema visto en su globalidad.

Quisiéramos, por ello, hacer un paréntesis para caracterizar la dimensión de la crisis en el Orden Económico Internacional vigente. Al respecto, todos coincidimos en afirmar que a partir de la Segunda Gue-

rra Mundial se da un cambio violento en la orientación de la producción y el comercio mundiales. Si en la década de los años 30, inmediatamente antes de la guerra, las dos terceras partes de las exportaciones mundiales estaban compuestas por productos primarios, treinta años después, en la década de los setentas, esa proporción se ha invertido completamente. Tanto que, hoy en día, el comercio mundial de productos primarios, excepto petróleo, es mínimo y básicamente se realiza con productos manufacturados. Todo ello determina un liderazgo de los grandes complejos industriales del norte, los cuales crecieron en los últimos 30 años a un ritmo sin precedentes que hizo, a su vez, desarrollarse a un ritmo similar el comercio mundial, tanto en términos cualitativos como cuantitativos.

Ese cambio tiene dos aspectos : un criterio de intensidad y un criterio de orientación. El comercio mundial se incrementó con el desarrollo de la tecnología moderna, básicamente en el sector de la electrónica y hacia las nuevas ramas industriales que son el patrimonio técnico del norte. A su vez se modificó la orientación de ese comercio, incrementándose en lo fundamental las relaciones entre los propios países del norte. Así, los Estados Unidos y sus aliados desarrollados del norte, se consolidaron como los grandes protagonistas económicos y políticos de esta nueva realidad. En los años inmediatamente anteriores a la post-guerra, el intercambio entre los países industrializados representaba solamente el 40 o/o del comercio mundial, a principios de la década de los setentas ese porcentaje se eleva a un 60 o/o y, en estos momentos, un 75 o/o de todo el volumen del comercio mundial está representado por el intercambio entre ese grupo de países. Este proceso se mantiene. No hay tendencias reversivas y, por el contrario, se desarrolla y expande cada vez más por la vía de las inversiones conjuntas y de la integración de los mercados financieros entre los Estados Unidos, los países de la Comunidad Económica Europea y el Japón.

Estas relaciones entre los países industrializados, sin embargo, no son tan lineales como se supone. Al interior de lo que hemos denominado como el norte, el rol económico protagonista de los Estados Unidos, en esta nueva situación de poder derivada de la post-guerra, no es tan claro 20 años después de los acuerdos de Bretton Woods. A la altura de los años sesentas se observa una disparidad en los ritmos de acumulación y crecimiento de la productividad entre la industria norteamericana, la del Japón y la de algunos países de la Comunidad Económica Europea, especialmente la República Federal Alemana. Esta disparidad en la eficiencia y en los rubros de acumulación y crecimiento, entre las empresas norteamericanas y la industria del resto de los países del norte, comienza a provocar desde los años cincuentas y especialmente a todo lo largo de los sesentas, un persistente y agudo déficit comercial y

de balanza de pagos global entre los Estados Unidos y sus socios desarrollados del norte. Este persistente déficit acumulativo será el que, finalmente, determinará la gran crisis del dólar en 1971. Esto es importante porque los Estados Unidos, permanentemente, han tratado de presentar en los foros internacionales la crisis del Sistema Económico como una consecuencia del incremento en los precios del petróleo y no como una crisis derivada, precisamente, de las relaciones estructurales entre la economía norteamericana y las economías de los países europeos y el Japón. En 1971 el petróleo no era todavía un factor determinante.

El incremento en los precios del petróleo es un problema posterior y comienza a darse varios años después, a raíz de la consolidación de la OPEP como organización de los países exportadores de petróleo. El petróleo, eso sí, a partir de 1973-1974 será el gran acelerador de la crisis, aunque ésta estaba planteada desde finales de la década de los sesentas y particularmente a partir del momento en que los Estados Unidos desconocen unilateralmente los acuerdos monetarios de Bretton Woods y dejan flotar el dólar como moneda de cambio internacional. Se inicia así, a partir de 1971, el desequilibrio en la relación de cambio y valor entre el dólar y las otras monedas fuertes de los países del norte. Lógicamente esta crisis en las relaciones de competitividad en el norte, se expande también sobre las economías del sur. En nuestros países desaparecen del mercado las marcas norteamericanas y comienzan a ser sustituidas por marcas japonesas y europeas. Se desarrolló así, entre otras, la crisis de la industria automovilística norteamericana, desplazada no sólo de los mercados del norte sino también de los mercados del sur, por la industria japonesa. Por supuesto que aquí se podría plantear un debate, complejo y de mucho fondo, sobre la realidad y el alcance de la integración financiera en la cúspide de los países del norte, pero eso sería un tema muy amplio de desarrollar. Lo importante, por ahora, es señalar que la crisis de 1971 es anterior a la crisis de los precios del petróleo.

Al respecto, cabe una pequeña digresión de naturaleza no sólo económica sino también política. El petróleo, o mejor dicho los precios del petróleo, son los que explican, en gran medida, el desarrollo capitalista de fines del siglo XIX y del siglo XX. Todo el proceso de acumulación y de desarrollo capitalista, especialmente en Europa, que remata precisamente después de la Segunda Guerra Mundial con el surgimiento de esa nueva gran potencia que es los Estados Unidos, fue posible porque el petróleo costaba centavos por barril. La industrialización del norte jamás se habría producido si esos países hubieran tenido que pagar el barril de petróleo a precios justos y no digamos a su precio actual de US\$40. Los Estados Unidos no son completamente autosuficientes

en petróleo. En Europa, tanto en Alemania como en Francia, no hay un solo pozo de petróleo. Es el Tercer Mundo el que hace posible el desarrollo capitalista del norte, en virtud de una estructura de poder mundial que permitió a esos países abastecerse de petróleo a centavos por barril. Hace solamente diez o quince años, muchos de los países productores de petróleo estaban sometidos al poder colonial de los países europeos. Circunstancias políticas fundamentales, con el correr del tiempo, hacen posible que esa correlación de fuerzas comience a cambiar, en un proceso lento y difícil. De ahí que el proceso de descolonización sea uno de los fenómenos políticos y económicos más significativos de la post-guerra. Surge así un África y un Asia independientes. Las Naciones Unidas pasan a ser un foro de un poco más de cincuenta países que firman la Carta de San Francisco, de los cuales los países de América Latina eran prácticamente la mitad, a un organismo realmente representativo y mundial de más de ciento cincuenta países en 1982. La descolonización significa el surgimiento de una nueva fuerza política mundial. Es esa realidad la que hace posible, a partir de 1973-1974, la consolidación y el desarrollo de la OPEP y con ello, posteriormente, el incremento acelerado en los precios del petróleo. Hay que recordar que la OPEP incluye a Venezuela y a Ecuador. México es un caso distinto, porque aunque no es miembro de la Organización, ejecuta una política de ajustes permanentes y paralelos a los cambios que se van dando en el grupo de la OPEP. Por otro lado, hay que señalar que los ideólogos de este movimiento de países petroleros no son sólo árabes o africanos, sino también latinoamericanos, especialmente venezolanos, quienes habían venido formulando desde los años sesentas y aún antes, la necesidad de articular una fuerza que llegara a ser determinante como un nuevo factor de poder en el mundo. Desde esta perspectiva de análisis, la OPEP es un logro fundamental, quizá el más importante de la post-guerra, para los países del sur tanto que no dudo en decir que es la primera institución del Nuevo Orden Económico Internacional.

De ahí que nos parezca bien la reivindicación en el precio del petróleo y la política nacionalista de los países petroleros, aunque todo ello determine, en el presente, que estemos pagando el petróleo a 40 dólares por barril. Costa Rica, que hace diez años pagaba ocho o nueve millones de dólares por su cuenta petrolera, paga en este momento 200 millones y cada vez pagará más, comprometiéndose así peligrosamente su capacidad de desarrollo. El petróleo, por ello, transformado en el gran acelerador de la crisis, terminará por resquebrajar la estructura de relaciones económicas internacionales, llevando no sólo al norte sino también al sur a la crítica situación de los años ochenta.

Es en este contexto que se crea el Sistema Económico Latinoamericano. El SELA surgió no tanto por la existencia de condiciones obje-

tivas, que en realidad eran aún precarias, como por la iniciativa y la visión política del Presidente Luis Echeverría de México y el Presidente Carlos Andrés Pérez de Venezuela. Surgió porque hubo dos líderes políticos, de dos países muy importantes, que plantearon la necesidad de crear en nuestra región una organización estrictamente latinoamericana. Otros protagonistas de ese esfuerzo fueron Omar Torrijos de Panamá, Daniel Oduber de Costa Rica y Michael Manley en Jamaica. Por influencia de estos líderes se provoca un espacio político adecuado para ese importante y decisivo reencuentro de los países latinoamericanos, divididos desde los años sesentas por el antagonismo ideológico. Así, en 1975, se negocia en Panamá la creación del SELA. Otra circunstancia que juega un rol importante en la creación de este organismo latinoamericano, es que el aislamiento y la actitud fuerte y de confrontación hacia el proceso cubano que caracterizó a los años 60 y a la primera parte de los años 70, había disminuido considerablemente en 1975. México mantuvo ininterrumpidamente sus relaciones con Cuba y Venezuela, en el Gobierno de Carlos Andrés Pérez, las había restablecido, al igual que ocho o nueve países de América Latina. Se da así una convergencia latinoamericana en la búsqueda de alternativas conjuntas, por encima de las diferencias de organización política y de sistema económico y social.

El Sistema Económico Latinoamericano surge así, en un ambiente de distensión regional, con dos propósitos básicos. El primero es el de intensificar el área de cooperación interregional, entendiéndolo por cooperación algo mucho más amplio que el concepto estricto y formal de la integración. Ya no sólo se trata de desarrollar un proceso institucional de tratados y convenios, sino también de consolidar un organismo de cúpula regional para articular los esfuerzos del Mercado Común Centroamericano, el CARICOM, el Pacto Andino y otros procesos de integración subregional. Se trata, además, de que esos esquemas formales de integración den origen a otros tipos y modelos de cooperación más dinámica y flexible. La creación de empresas multinacionales latinoamericanas, como MULTIFER o NAMUCAR, así como los acuerdos petroleros de Centroamérica y el Caribe con México y Venezuela, son un buen ejemplo de ello. América Latina, así se impone desarrollar una visión más amplia, dinámica y menos ortodoxa de como se había pensado y articulado la integración en los años 60, en Santiago de Chile, en las oficinas de la CEPAL, bajo la dirección del Doctor Raúl Prebisch. El otro propósito y dimensión esencial de trabajo del SELA tiene que ver con la definición de políticas económicas, conjuntas y unitarias de América Latina hacia afuera, es decir ante terceros países, especialmente en los órganos y foros de las Naciones Unidas. Esta dimensión del trabajo surge de la necesidad objetiva de llegar con posiciones de negociación articuladas frente a los países del norte industrializado.

En ese sentido, los países asiáticos y africanos, a raíz del proceso de descolonización, dan vida a sus propias organizaciones, como la OUA que es una organización estrictamente de países africanos y la ASEAN que es una entidad que agrupa a seis países asiáticos. América Latina estaba atrasada en esta materia y prevalecían en los foros internacionales las propias posiciones y el interés de cada país, especialmente de los más grandes, antes que la visión de conjunto. En parte, así al menos yo lo creo, esta actitud devenía de que América Latina y especialmente Costa Rica, nunca tuvo plena conciencia de los cambios mundiales y en particular del profundo significado del proceso de descolonización. Esto le hizo perder su liderazgo en el Tercer Mundo. El SELA vino a llenar este vacío regional. Hacia 1975 América Latina necesitaba con urgencia articular una política económica conjunta hacia el exterior, frente al norte e incluso ante el resto de los países del sur, trátase de África, Asia o el Medio Oriente. En ese contexto, se estructuran los grupos latinoamericanos (GRULAS), en los centros de negociación internacional en Nueva York, Bruselas y Ginebra y se consolida la Secretaría Permanente del SELA en su sede de Caracas, Venezuela. A su vez, se crean Comités de Acción en distintas materias, dándosele con ello un nuevo contenido y orientación a la cooperación interregional. El SELA, paralelamente, comienza a funcionar como una especie de Secretaría Técnica de los GRULAS, preparando los estudios básicos y promoviendo la concertación de posiciones regionales, antes de la Tercera ONUDI, la quinta UNCTAD y en el largo proceso de las negociaciones globales en el seno de la Asamblea General.

Mi balance de hoy, visto este esfuerzo en la perspectiva de los últimos años y a pesar de todas las dificultades inherentes a la problemática de articular posiciones conjuntas frente a los grandes protagonistas de la escena económica mundial, es que este grupo heterogéneo de 26 países en desarrollo, que van desde Brasil, México y Venezuela, que son países grandes y poderosos, hasta Honduras, El Salvador o Haití, que son países realmente pobres y pequeños, han logrado consolidar al SELA y avanzar positivamente en la realización de los objetivos fundamentales del Tratado de Panamá. En el campo de la cooperación, quizás lo más importante han sido los acuerdos petroleros, tanto el de 1974 con Venezuela, antes de la creación del SELA, como el acuerdo de San José, de 1980, en el que también participó México. La cooperación financiera que ha recibido Centroamérica sólo de Venezuela, a cargo del diferencial petrolero, es más significativa en términos absolutos que lo que recibió nuestra subregión en la época de la Alianza para el Progreso. Si a eso se le agrega la cooperación mexicana, la suma total de esta cooperación proveniente de países que también tienen problemas de ajuste y serias dificultades económicas, alcanza cifras extraordinariamente signifi-

cativas. Esto es importante, porque aquí estamos hablando no sólo de solidaridad latinoamericana, sino también de cooperación Sur-Sur. Paralelamente, como he señalado, se han hecho esfuerzos importantes para activar la cooperación a través de los Comités de Acción del SELA y para avanzar en la convergencia de los esquemas de integración, aunque hay que reconocer que estos temas de integración y cooperación chocan permanentemente con la falta de voluntad, el burocratismo y la falta de visión de algunos de nuestros dirigentes políticos nacionales.

En cuanto a la definición de posiciones conjuntas de América Latina frente a los países del norte, ésta funcionó bastante bien mientras se hablara de la Comunidad Económica Europea. Frente a tal ámbito hubo reuniones y consenso. Con la C.E.E. y como consecuencia de las decisiones de Buenos Aires, hay un proceso avanzado y cada cierto tiempo hay reuniones de negociación en Bruselas entre el Grupo Latinoamericano y las autoridades comunitarias. No es este el caso frente a los Estados Unidos. Aquí el proceso ha ido más lento. América Latina está dividida entre un grupo de países progresistas que, además, tiene diferencias entre ellos y un grupo de gobiernos absolutamente reaccionarios. En el medio, no pocos países deambulan erráticos, algunas veces adhiriendo las posiciones progresistas y otras sumando su voto al Cono Sur. En este contexto y con todas las dificultades que tal heterogeneidad implica, se logró, sin embargo, convocar a la reunión de Panamá, en diciembre de 1981, a fin de analizar y, en lo posible, articular una posición común y una plataforma latinoamericana frente a los Estados Unidos. Hay que señalar que esta reunión fue precedida por un largo proceso de preparación. Esto significó un año de trabajo para economistas, sociólogos y politólogos del SELA, con el apoyo técnico de la CEPAL y las Naciones Unidas. Se redactó una vasta documentación que, a su vez, se tradujo a resúmenes para que los Ministros llegaran a Panamá con una posición definida. A la reunión asistieron 22 Ministros de Relaciones Exteriores, lo cual indicaba un gran nivel de representatividad. Para la historia o para el anecdotario latinoamericano y sólo a modo de ejemplo de lo que estoy diciendo, hay que señalar que aunque se logró un importante consenso mínimo, éste casi fracasa por la actitud intransigente del Jefe de la Delegación Argentina. Cuatro meses después, funcionarios de esa misma Cancillería que, en Panamá, hicieron lo imposible por evitar un acuerdo regional frente a los Estados Unidos, recorrían América Latina pidiendo solidaridad y apoyo por la agresión de Gran Bretaña en las Malvinas. Esta anécdota, con todo y que somos solidarios con Argentina en el caso de las Malvinas, refleja adecuadamente y mejor que muchas palabras la intensidad de las contradicciones y la magnitud de las dificultades.

En todo caso y al margen de estos hechos circunstanciales, la crisis económica internacional se ha seguido profundizando. Un último in-

forme del Banco Mundial señala que por lo menos en todo lo que falta de la década no va a haber recuperación de los países del norte. Paralelamente, las negociaciones Norte-Sur están estancadas o han fracasado. Cuando se llega a las votaciones no hay comprensión ni diálogo. Las reformas a los estatutos del Fondo Monetario Internacional están detenidas desde hace más de tres años y otras reformas fundamentales ni siquiera han sido remitidas de los niveles técnicos a los políticos. Han fracasado, asimismo, todos los esfuerzos por convocar a una reunión de negociaciones económicas globales en el ámbito de la Asamblea General. Fracasó la III UNCTAD de Nueva Delhi y fracasó la V UNCTAD de Manila. El diálogo Norte-Sur y las negociaciones internacionales se han convertido así en un monólogo de sordos.

Adicionalmente, existen dudas razonables sobre la cooperación económica de los países socialistas que, en el presente, representan entre un 30 o/o ó un 35 o/o del Producto Mundial Bruto y que, en la práctica, votan como países del norte, a pesar de su apoyo verbal y sus extensas declaraciones políticas sobre los problemas de los países del Tercer Mundo. En los hechos, el campo socialista se abstiene de votar o termina haciendo una declaración de principios, sin definirse realmente por una apertura y un acuerdo de solidaridad económica activa y efectiva, con los países del sur. Así, el campo socialista ha desarrollado la tesis de que como no es responsable directo de la desigualdad inherente al conflicto norte-sur, su vinculación al problema es tangencial. En la práctica, sin embargo, el campo socialista está penetrado, al igual que el sur, al menos financieramente, por las grandes corporaciones, tal como lo ha puesto de manifiesto el caso de la deuda de Polonia. Estos países, particularmente los europeos que han alcanzado un importante nivel de desarrollo, cuando acceden a la cooperación económica, lo hacen en términos de relaciones bilaterales, negándose en general a cualquier aproximación multilateral o a adquirir compromisos globales en el marco de las negociaciones Norte-Sur. Esto es válido tanto para el caso de los países socialistas individualmente considerados como para el de su organización económica : el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

El otro aspecto fundamental, al margen de estas consideraciones globales es que, a la hora de hacer cualquier enfoque al tema de la integración y de la cooperación, a nivel centroamericano, además de tomar en cuenta los factores mundiales, no se nos puede escapar la realidad objetiva, desde el punto de vista político, que vive actualmente nuestra región. La crisis del área tiene que ver tanto con la Revolución Sandinista como con el conflicto militar y político de El Salvador y el problema de explosión latente de Guatemala. Estas situaciones hacen de Centroamérica parte esencial de un conflicto mayor. Estamos ante la lucha por el poder a nivel mundial.

Es dentro de este contexto que surge ahora la iniciativa para la Cuenca del Caribe del Presidente Reagan. Este plan replantea, integralmente, el tema de la cooperación con los Estados Unidos, en momentos en que todo parecía indicar que este país había abandonado el tema de la cooperación con América Latina. Tanto es así que la Conferencia de la OEA sobre Cooperación Hemisférica tiene cuatro años de estancamiento, sin que los representantes norteamericanos hayan hecho mayor cosa por acelerar su realización. No obstante, al surgir la crisis centroamericana y plantearse el área como problema geopolítico mundial, sobreviene el Plan Reagan con un planteamiento de vinculación económica y comercial entre nuestra región y los Estados Unidos.

La iniciativa del Caribe, como se sabe, tiene dos aspectos : uno de ayuda financiera, muy baja, de cerca de US\$350 millones para un conjunto de 15 ó 20 países. En el caso de Costa Rica, esta ayuda financiera podría ser de hasta US\$70 millones. El otro aspecto sí es importante, porque se refiere al acceso al mercado norteamericano. Concretamente, se plantea la posibilidad de liberar el mercado de los Estados Unidos, por un período de 12 años, en una lista amplia de productos provenientes de nuestra región y que solamente excluye los textiles por razones de protección a la industria textilera norteamericana. Si se hace un análisis de esta propuesta, en el marco de la teoría de la dependencia, es muy claro que acrecienta la vinculación estructural entre las economías de los países de Centroamérica y el Caribe con respecto a la economía norteamericana. El plan promoverá, en lo esencial, el desarrollo de un modelo de industrias de maquila, lo cual significa que las industrias norteamericanas vendrán a producir aquí utilizando la mano de obra más barata para luego vender en el mercado de los Estados Unidos, en condiciones competitivas. Es el mismo modelo dependiente de Singapur, Taiwan y Corea. Desde otro punto de vista, estrictamente económico, más frío por decirlo así, la iniciativa del Caribe significa un factor importante, incluso decisivo, para la recuperación de nuestros países, que atraviesan en el presente por una aguda fase depresiva de su economía. Nadie puede poner en duda lo que podría significar el acceso al mercado estadounidense y el impacto de las corrientes de inversión que ello generaría en la economía de Centroamérica y el Caribe. Este es un juicio técnico al margen de toda valoración ideológica.

En lo que a Costa Rica se refiere, nuestro país tuvo el año pasado un crecimiento negativo que, sumado a la situación real de 1982, podría llegar hasta un índice negativo de menos 8 o/o acumulado. La deuda externa está en el orden de los US\$4000-4500 millones y el déficit fiscal asciende a cerca de 16 mil millones de colones, distribuido entre ₡ 4500 millones del Gobierno Central, más de ₡ 6000 millones de RECOPE, ₡ 5000 millones del ICE, ₡ 8000 millones del CNP, ₡ 1200 mi-

lones de la Caja Costarricense del Seguro Social y así las otras instituciones. En síntesis, toda la estructura del Estado está, literalmente, quebrada. Hay una devaluación del orden del 500 o/o. El colón que se cotizaba a ₡ 8.60 por cada dólar estadounidense, está hoy en más de 50 colones. Este país, que manejó en el pasado una tasa de desocupación del orden del 4 o/o ó el 5 o/o, que en las épocas de cosecha cafetalera desaparecía, tiene hoy índices de desocupación -los más conservadores- del 15 o/o y algunos hablan de hasta el 25 o/o. Esto significa una desocupación real entre 75 mil y 100 mil jefes de familia, a los que hay que multiplicar por tres o cuatro dependientes. Estamos, entonces, ante un país con una inflación del 95 o/o, de dos millones de habitantes y 250 ó 300 mil personas sin ingresos reales. Ese y no otro es el cuadro de la crisis que afecta a Costa Rica.

Con pequeños ajustes en las cifras, esta situación se repite en todos los países centroamericanos e incluso en los del Caribe. En lo económico quizás la única excepción es Guatemala que ha tenido un proceso de acumulación mayor, basado en el régimen de explotación a la población indígena y porque está produciendo cerca de 10.000 barriles de petróleo de los 14 mil diarios que consume. Por otro lado el proceso de integración está paralizado. Expiró el plazo de 20 años del Tratado de Managua y nada sucedió. Se venció el período del último Secretario General de la SIECA y nadie dijo nada. Hace 18 meses que no se reúnen los Ministros de Economía. No hay diálogo entre los países y las relaciones políticas entre los países que integran el MCCA están mal. Este es un hecho objetivo. Lo único que se mantiene vigente, con múltiples dificultades, es el régimen de libre comercio. Es obvio por ello que, bajo estas condiciones y de frente a un progresivo agravamiento de las tensiones regionales, no se le vea mucho futuro al proceso de integración.

Existe entonces, como hecho real, la necesidad de plantear una estrategia distinta, basada en el pragmatismo. Esta estrategia incluye a países como Panamá y, en particular a México y Venezuela, los cuales, después de la Reforma al Tratado de la ALALC, en 1980, pueden dar trato preferencial no recíproco a cualquier país latinoamericano. Dentro de tal contexto, Costa Rica ha concluido un convenio con México y estamos negociando otro con Venezuela. México a pesar de todos sus problemas financieros, derivados en lo fundamental de la baja en el precio del petróleo y de algunos ajustes en su estructura financiera, representa un mercado de enorme potencial. Venezuela, por su parte, es el mercado de más alto nivel económico de nuestra zona. Se ha hablado, en este sentido, de crear una especie de zona de seguridad alimentaria mediante la cual nosotros pudiéramos producir granos básicos para ambos mercados. México, una cultura del maíz, paradójicamente importa

este producto del Canadá y de los Estados Unidos. Venezuela importa maíz, frijoles y otros productos agrícolas y pecuarios. Ambos países, además, representan la alianza lógica y natural, tanto en lo político como en lo económico, para Costa Rica y los países democráticos de Centroamérica y el Caribe.

Pragmatismo no es claudicación de principios. Si toda esta estrategia tuviera como meta mantener o legitimar el estado de cosas actual en Centroamérica y en el Caribe, tanto en lo económico y social como en lo político, no suscribiría ni una sola frase de esta exposición. Aquí el pragmatismo se entiende como una estrategia viable para Costa Rica. Detrás de ese enfoque realista, impuesto por los hechos y por la circunstancia inequívoca de estar nuestro país ubicado, precisamente, en el ojo de la tormenta, están los compromisos ideológicos fundamentales, nuestra vocación por la paz y la decisión histórica de un pueblo dispuesto a consolidar la democracia y profundizar sus conquistas esenciales, al margen o dentro del Mercado Común Centroamericano. Pensamos, por ello, que la dirección latinoamericana sigue siendo la línea válida para un país como Costa Rica y que en esa dirección nuestro país tiene, finalmente, un destino tercermundista que cumplir, como lo tienen necesariamente, Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua o Panamá. Un tercermundismo democrático, con visión inteligente, pluralista, pragmática y coordinada, para así crear áreas de consenso por encima de las diferencias ideológicas, potenciando a la vez, la capacidad de negociación de América Latina frente al norte, frente al campo socialista desarrollado y frente a Asia, Africa y el Medio Oriente.